

Karina Marín

### **Presentación de Iván Carvajal. Poesía reunida 1970-2004**

Cuando fui convidada a hacer la presentación de este libro de Iván Carvajal, pensé que tal vez lo que se puede esperar que una haga en este tipo de actos es un repaso por cada uno de los poemarios que componen un libro como éste, un recuento, quizá, de una historia que, poema tras poema, pueda ser hoy ordenada a la espera de lecturas que le den un sentido. Frente a esta expectativa razonable dados los modos en los que solemos organizar nuestras lecturas, nuestros saberes, nuestras vidas, debo confesar que yo no puedo contar historias. Y en especial, no puedo contar *esta* historia. Y no se trata simplemente de no saber cómo contarla, sino de mi resistencia —muy personal, si se quiere— a organizar cronológicamente las imágenes, los versos, las palabras que he atrapado y se me escapan a medida que los leo. No soy capaz de detener esta poesía para tratar de hilar algo que ella misma se niega a "hilar" —como quien hila un discurso—, para contar algo que ella misma se niega a "contar" —como quien cuenta una vida— porque nos es esquiva, porque ante los ojos de nosotros, lectores, ella acontece para afectarnos y se disuelve, dejándonos ver su destello por un instante, como ya lo ha dicho el mismo Carvajal. El destello nos permite ver aquello que nos conmociona y sigue su movimiento, que no tiene principio ni fin porque en su misma fulguración se revela la paradoja de su constante riesgo de muerte, de su incesante peligro de desaparición.

\*

Sí, he dicho: aquello que nos conmociona, aquello que nos toca si es que queremos ser tocados. Aquello que nos afecta si aceptamos el reto de acercarnos lo suficiente como para percibir el calor de ese resplandor, como para percatarnos que, pese a todo, algo arde todavía, como ha dicho Georges Didi-Huberman. ¿No arden acaso el árbol de cerezos, las naves quemadas, tantas calles y desiertos, los múltiples naufragios, las orillas de aquel río, el abrazo de los muertos, las ciudades sitiadas, los cadáveres perpetuos, el fin de semana entre amigos, el mugido nocturno? Sí, he dicho: aquello que nos conmociona, que nos conmueve. Aquello que nos obliga a detenernos cuando percibimos el fulgor, como me detengo y me conmuevo cuando leo:



Benjamin, que no son las luciérnagas las que desaparecen, sino nuestra predisposición a dejarnos tocar por ellas, por su instante de fulgor. ¿Acaso no estamos hoy reunidos ante una re-aparición, ante la posibilidad de abrir el libro y dejaros tocar por el resplandor de estos versos? ¿No nos hemos detenido hoy ante la persistencia de esta poesía?

\*

Ahora, si me detengo a escuchar, ¿puedo decir entonces que he re-descubierto la poesía de Iván Carvajal luego de todos estos años? No estoy segura. Tal vez es él quien ha llevado a cabo este acto de re-descubrir, de volver a develar, de desempolvar, para susurrarnos al oído. Aunque ahora que lo pienso, puede ser que sí, es probable que ante la pregunta del poema:

«¿Quién desenterrará entonces del olvido tanta pasión vivida?»

... es probable, digo, que sea yo, que seamos nosotros, dejándonos afectar, quienes re-descubramos esta poesía. Este detenerse a escuchar es a la vez un acto de, citando el mismo poema, «quitar el polvo del desierto que algún día pudo llegar a cubrirla por completo»: es decir, un acto de des-cubrimiento. Y sin embargo, también estoy tentada a decir que, deteniéndome a escuchar, optando por conmovirme, lo que he hecho es aceptar el llamado a un encuentro. Me re-encuentro, luego de unos años, con la poesía de Iván Carvajal. En algunos casos, ante algunos versos, se trata de un primer encuentro. Y acudo a su llamado segura de la honestidad y el respeto ante mi voz lectora, ante mi voz distinta, ante lo que fui y lo que soy ahora.

En una de nuestras últimas conversaciones —que a través de los años se han repartido entre Lima, Bogotá o Quito, con uno o dos cafés de por medio o quizás a lo largo de alguna caminata por las calles de esas ciudades— tal vez Iván pueda recordar que le dije que pienso que cuando uno escribe y lee, lo hace ante la certeza de un diálogo permanente con ciertos interlocutores que están en el pensamiento, sobre todo cuando las circunstancias nos privan de su voz y su presencia. En aquella ocasión, tal vez lo recuerdes, te dije que tú eres para mí uno de esos interlocutores. Estoy segura que lo eres para muchos de nosotros, sobre todo para quienes hemos pasado por tus aulas, experiencia tras la cual, como me recordaba ayer Cristina Burneo, nos hemos transformado. Como ese interlocutor que eres para mí, quizás, te lo digo hoy, eres el más incisivo, pero sin duda, lo reitero, el más íntegro, el más respetuoso. Es con esa misma seguridad de la charla y el café con la que me dispongo a leer estos poemas, con la certeza del diálogo tan generoso como provocador, del intercambio no siempre apacible pero jamás agresivo. ¡Mucho hay

de agresivo en lo que uno lee en estos tiempos de tinieblas! ¡Hay tanta violencia en esta época que nos abrumba con tanta luz, con toda la luz, que como las tinieblas, nos ciega, y que nos quita la posibilidad de dejarnos acariciar, de sentirnos conmovidos!

\*

Por esto, porque esta es una palabra poética que aparece en el espacio que hay entre la escritura y la lectura, entre los silencios inevitables del diálogo, es que pienso firmemente que la poesía de Iván Carvajal es hoy más política que nunca. Es político, sin duda, el acto de re-descubrirla. Y no me refiero precisamente a un tipo de escritura comprometida con algo más que con su condición de estar en permanente peligro. Hablo de una escritura que en su fulgor, precisamente en medio del peligro, se resiste a desaparecer y que cuando alumbra hace aparecer lo diverso: lo que se percibe ante su efecto fugaz no es nunca lo mismo. Esta poesía no es una voz unívoca que, ante la desesperanza, luego de acontecida la destrucción, pretenda construir una trascendencia, o tal vez hallar finalmente algún horizonte. Liberada del apocalipsis, no tiene más que resistir, que persistir. Si es posible acudir a este encuentro es porque su fugacidad, su imposibilidad de fulgurar por más de un instante, nos habla al mismo tiempo de nuestra fugacidad y de nuestro afán por sobrevivir. ¿Cómo no reconocer lo político de esta escritura? ¿cómo no atender hoy a este llamado, sobre todo hoy, cuando nos amenaza la palabra ensordecedora del poder y nos engañan las luces enceguedoras de la propaganda? ¿cómo negarnos a ser acariciados por el poema «ante nuestras actuales circunstancias»?

\*

Como dije, no puedo contar la historia de la obra poética de Iván Carvajal. No lo hago, además, porque temo cometer el error de vaticinar su fin y entonces el mío y el de todos, con la ingenua esperanza de llegar «al punto de la claridad total», como reza uno de los versos que más me conmueven. Con esta poesía, junto a ella, yo me resisto a desaparecer, a paralizarme, a conformarme con la muerte. Lo que puedo decir, lo poco que puedo decir frente a ustedes es que ante la re-aparición de esta poesía, me siento felizmente vulnerable. Este re-encuentro tiene esa virtud. De nosotros depende atender el llamado, disponernos a escuchar. De nosotros depende dejarnos tocar, pese a todo.

Karina Marín  
Noviembre, 2015